

## 10. Una invitación constante

Es impresionante observar cómo la familiaridad de Cristo movió a los discípulos incluso antes de que lo reconocieran, antes del milagro. ¿Cómo es posible que siete hombres cansados y de mal humor, con el carácter de Pedro, Tomás y Natanael, obedezcan inmediatamente y sin objeciones, como un solo hombre, al consejo de un desconocido que les habla desde la orilla? Sólo es posible si a través de su voz, de su palabra, les ha alcanzado también el encanto de su familiaridad, aquella que conocían bien, que siempre los había atraído. Es como con los discípulos de Emaús que, mucho antes de reconocer al Señor resucitado, sienten que arde en ellos una correspondencia irresistible entre aquella presencia misteriosa y su corazón confuso y desorientado (cfr. Lc 24:32).

La relación de familiaridad que Cristo ha establecido con nosotros, la percibe nuestro corazón como la aurora que hace nacer en nosotros la plena conciencia de la fe. Y no podemos dudar que esta aurora, Cristo la está obrando para todos, y nosotros, como Juan, estamos llamados únicamente a proclamar ante este sentimiento humano profundo el reconocimiento evidente que se trata de Él, del Señor resucitado.

Desde ese día en Fátima, cuando las palabras de Jesús se me revelaron como una invitación a invertir la vida y la obra en la predilección hacia Él, empecé a descubrir cómo esta invitación está presente en la Escritura y en la liturgia.

Los Salmos, por ejemplo, suelen utilizar la imagen de la derecha, ya sea como mano y como lado, para evocar una relación con Dios en la que se expresa su amor y su poder protector. No me es posible adentrarme aquí en una meditación de todos los pasajes en los que los salmos tocan este tema, pero os invito a estar vosotros atentos a esto en vuestra oración. Solamente me limito a mencionar dos salmos, donde la expresión "estar a la derecha" se utiliza de una manera aparentemente contradictoria, impulsándonos así a una atención particular.

En el salmo 15, el salmista dice: " Siempre tengo presente al Señor; con él a mi derecha, nada me hará caer" (v. 8). Pero al final del salmo, es como si la posición se hubiera invertido. "Me mostrarás el camino de la vida. Hay gran alegría en tu presencia; dulzura sin fin en tu derecha" (v. 11). Primero, es el Señor quien está a la derecha del salmista, al final es el salmista el que está a la derecha del Señor. Siempre se trata de la presencia positiva del Señor en nuestra vida. Dios camina a nuestra derecha para apoyarnos, ayudarnos, defendernos. No podemos vacilar. Pero este camino de la vida culminará en una comunión eterna y dulcísima en la que estaremos a la derecha del Señor.

Este salmo profetiza la muerte, resurrección y ascensión de Cristo, como veremos en el Nuevo Testamento. Pero aquí me gusta resaltar que "permanecer a la derecha" es algo mutuo entre nosotros y el Señor. De hecho, no es tan importante la parte derecha como tal, que sigue siendo una convención relativa, sino la expresión "a la derecha" como un símbolo de cercanía, de predilección, de proximidad afectiva y protectora entre nosotros y Dios.

La presencia del Señor nos es cercana, nos toca, está con nosotros, y nosotros siempre estaremos con Él en la vida eterna. Todos estaremos con Él no de lejos, sino a su lado, todos cerca de Él, en un abrazo eterno del Padre a sus hijos perdidos y encontrados. Que en este mismo salmo se hable de Dios a nuestra derecha y de nosotros a su derecha, es como la descripción de un abrazo, de un estar cara a cara ante Dios.

En Etiopía y Eritrea se saluda dándose la mano derecha y, al mismo tiempo, se intercambian tres golpes con el hombro derecho. Es como un abrazo trinitario en el que los dos que se saludan, acogen y abrazan al otro con su derecha.

Otro salmo presenta esta ambivalencia del lado derecho: el salmo 109. También este es un salmo mesiánico. "Oráculo del Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha" (Sal 109,1a); y un poco más abajo: "El Señor está a tu derecha, él destruirá a los reyes en el día de su ira" (v. 5). En este salmo sucede un poco lo opuesto al salmo 15, porque primero se habla de sentarse a la derecha en la gloria, luego se habla de la presencia del Señor a la derecha de aquellos que pasan por las pruebas y luchas de la vida. Aquí también está la idea de una presencia del Señor que prefiere y defiende a sus fieles, y que los acompaña para alcanzar un destino de intimidad y compartir su gloria. De hecho, cuando el Señor está a la derecha de los que pasan por las pruebas o las luchas de la vida, entonces esa imagen sugiere que Dios nos sostiene y defiende haciéndonos gustar anticipadamente de una eternidad de comunión y amistad con Él. Su preferencia, y nuestra preferencia por Él, ya es en esta vida una anticipación de la vida eterna, de tal forma que su presencia nos sostiene y consuela en el camino.

El salmo 109, "Oráculo del Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha", lo ha citado Jesús mismo; y Pedro ha citado ya sea el salmo 15 que el 109 en su primer discurso después de la Pentecostés.

Jesús cita el primer verso del salmo 109 para provocar y confundir a los fariseos, presentándoles un enigma que no pueden resolver: "¿Qué pensáis del Mesías? ¿De quién desciende? -De David - le contestaron. Entonces les dijo Jesús: - ¿Pues cómo es que David, inspirado por el Espíritu, le llama Señor? Porque David dijo: 'El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que yo ponga a tus enemigos debajo de tus pies.' ¿Cómo puede el Mesías descender de David, si David mismo le llama Señor? Nadie pudo responderle ni una palabra, y desde aquel día ninguno se atrevió a hacerle más preguntas". (Mt 22,42-46)

Este pasaje es interesante porque Jesús básicamente pone a los fariseos ante el misterio de su persona, esto es, ante el hecho que el Mesías es el Hijo de Dios y no solo un descendiente de David. Jesús revela que en el Salmo 109, David, esto es, el salmista, describe el diálogo trinitario entre el Padre y el Hijo, del Padre que le dice al Hijo: "Siéntate a mi derecha", y, por lo tanto, este salmo es la profecía de un Mesías que es el Señor igual a Dios, un Mesías que es Dios, Hijo de Dios. Nadie lo puede entender, pero es claro que Jesús comienza a expresar una revelación de sí mismo, de su misterio, que lo conducirá a una sentencia de muerte, pero que se realizará plenamente con su resurrección.